

120
LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
CTS.



JUAN MUÑOZ TIRADO
ALICIA BELL
MATILDE SINAU
RAMÓN MUÑOZ
EDICIONES BISTAGNE

**LA JAULA
DE LOS LEONES**



**Niu
del
COL·LECCIONISME**
CINEMA ANTIC I POSTALS
JOGUINES - PUNTS LLIBRE
POSTERS I CAPSES LLAUNA
SOLDATS ALON I LLAUNA
LACRADORS - POTS LLAGURS
PERUQUERIA - GASTRONOMIA
PLANXES - MOLINETS
ARTICLES ESCRIPTORI
CULLERETES - AGUILLES CORTADA
ESPECIALISTA AL MÓN
CRONOS DE LA XOCOLATA
LLUMINIS - TABAC - PAPER FUMAR
Apertat 14.108
BARCELONA
Plaça Reial
Diumenges de 10 a 2

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 120

LA JAULA DE LOS LEONES

Dramático asunto, hablado en español
e interpretado por

ROMUALDO TIRADO, ALICIA BELL, MATILDE SIÑAU y RAMON MUÑOZ

Exclusiva del
PROGRAMA ARAJOL
Aragón, 225 BARCELONA

Postal-regalo: CLARK GABLE

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Prohibida la
reproducción

LA JAULA DE LOS LEONES

Argumento de la película

Tirado era un pobre vagabundo que recorría los caminos de la tierra sin amparo y sin amor.

Sus treinta y cinco años de vida habían sido una cadena de fracasos. Tejer y desejer, caminar sin rumbo, ser víctima de todos los vaivenes y de todas las adversidades. Huérfano desde sus primeros años, carente de todo lazo familiar, su existencia había sido siempre solitaria, sin conocer nunca, ni de oídas, el cariño. Y estaba ansioso de él, con un deseo de hallar un alma amiga en quien depositar su confianza.

Los días se deslizaban idénticos, con la misma preocupación: hambre. No encontraba oficio, ni trabajo, ni modo de ganarse la vida. Su traje desarrapado, su barba mal cuidada, la miseria en que se envolvía, eran obstáculos para en-

contrar ninguna labor. Nadie le quería, en ninguna parte había trabajo. Tenía que dormir a campo raso y buscarse su comida como los pájaros su alimento.

Aquel día de primavera tenía más hambre que nunca. No había hallado ni un árbol frutal que pudiera calmar las necesidades de su estómago. Más muerto que vivo, sintiendo en el cuerpo los araños de la necesidad, se había acercado a una cantera donde trabajaban unos cuantos obreros.

Pidió colocación, pero le despacharon en malas formas. Se alejaba ya para seguir su ruta estéril, cuando descubrió sobre una roca un paquete que contenía el almuerzo del capataz.

Con todo disimulo e impulsado por su extrema necesidad, se apoderó de él, pero su dueño descubrió la sustracción y le obligó a dejar el almuerzo, después de haberle propinado unos cuantos y contundentes golpes.

Siguió el infeliz su marcha y entró furtivamente en una casa de campo, donde en el patio y encima de una mesa, había un panecillo y un bifte. Temblando, puso mano en aquellos tesoros y echó a correr. Pero no contaba con el perro de la casa, que, arrancándose de la cadena que le sostenía, empezó a perseguirle ladrando desaforadamente y amenazándole con sus colmillos de lobo.

Arrojó su presa al animal y no detuvo sus pasos hasta convencerse de que el perro había cesado de seguirle.

Tirado no se resignaba a no dar alimento a su decaído organismo. Prosigió avanzando kilómetros, hasta distinguir un circo que había

levantado sus tiendas de campaña en un campo cercano a una pequeña población.

Avanzó cautelosamente y dispuesto a comer algo, fuera como fuese, se deslizó bajo la lona de una de las tiendas y penetró en ella, ocultándose detrás de unos equipajes.

Desde su escondite vió que un hombre estaba sentado ante una mesa y comía un apetitoso pedazo de pan con un chorizo.

¡Si pudiera quitárselo! ¡Si lo pudiera partir con él! En tales dudas se hallaba, cuando entró un hombre y dijo al que comía que el director quería hablar con él. Salieron los dos, después de dejar sobre la mesa el sabroso manjar.

Aquel fué el momento elegido para Tirado. Estaba solo. La Providencia velaba por los buenos. Como un gamo se apoderó del desayuno y volvió a ocultarse detrás del equipaje, pues acababa de entrar un sujeto hercúleo, que encendió una pipa y se sentó ante la mesa.

Sin hacer el menor movimiento, acariciando aquel pan y aquel chorizo, aguardó con impaciencia a que marchara el atleta.

Momentos después reapareció el amo del desayuno, que sonreía ante la idea de continuar hincando el diente en el sabroso alimento.

Pero apagó su sonrisa al ver la mesa vacía.

—Hércules, ¿qué has hecho de mi comida? ¿Cómo te atreves a apoderarte de lo que es mío?

—Poco a poco, joven, que yo no he tomado nada.

—¡Tú has sido, y nadie más que tú, pillo! ¡Devuélvemelo!

—No sé de qué me hablas, demonio! De las palabras pasaron a los hechos, y el

llamado Hércules, que era hombre que no tenía demasiada paciencia, propinó a su contrario una serie larguísima de puñetazos.

Su adversario era débil y menudo y pidió socorro ante aquel aluvión de golpes, mientras Tirado continuaba oculto en su escondite, temblando ante la idea de que pudieran descubrirle.

Acudió gente, que separó a los dos enemigos, y el director del circo, furioso al ver que Hércules se había aprovechado de la fuerza para dejar malherido a su compañero, le despidió sin apelaciones de ningún género.

—Ya estás de más aquí, chulo. ¿Qué te has creído que es mi circo?

—He sido acusado injustamente, y no lo tolero.

—Te digo que te vayas. Has estado a punto de matar a tu compañero.

Hércules, que era domador de leones, lanzó un rugido que era una perfecta imitación del de los animales que domaba, y se alejó refunfuñando toda clase de maldiciones.

Cuando la tienda quedó sola, el buen Tirado, con su desayuno apretado contra el pecho, volvió a deslizarse bajo la lona y salió al exterior con una alegría repentina y maravillosa.

Echó a correr cosa de unos cien metros y se preparó a gustar aquel chorizo y aquel pan que aun parecía tener el calor agradable del horno.

Quería comer con toda comodidad. Dejó el alimento en el suelo, mientras él buscaba alguna cómoda piedra que le pudiera servir de asiento. Pero estaba de Dios que aquel día no iba a probar bocado. Distraído con encontrar un asiento, no se fijó en que un orondo cerdo se acer-

caba al desayuno y se lo engullía en cosa de unos segundos.

Cuando Tirado se dió cuenta de lo que sucedía, era ya demasiado tarde. El chorizo había desaparecido, y del pan sólo quedaba un mal pedazo, donde aun se conocían las huellas del repulsivo animal.

Furioso, y apretándose cada vez más el pantalón, continuó su camino, preguntándose cómo iba a poder comer y pensando en los milagros bíblicos que hacían descender del cielo un maná benéfico y sabroso.

* * *

Cerca de allí caminaban una pobre mujer ya entrada en años y una niña de corta edad.

La mujer era ciega y se apoyaba en un bastón. Había sido en otro tiempo una gran señora, pero reveses de fortuna, el destino, cebándose sobre ella con brutalidad, la habían convertido en la situación de desamparada, sin casa ni hogar, sin tener más que lo que llevaba puesto.

Rosalinda, la niña, era su nieta y hacía pocos meses había quedado huérfana, siendo recogida por la pobre ciega, que no tenía ni para vivir. Habían agotado sus últimos recursos y la vida se presentaba ante ellas como una llanura innensa y gris.

Deambulando por aquellos caminos orlados por las flores luminosas de la primavera, la niña sentía impulsos de coger aquellas rosas, de adornarse con ellas, de aspirar su cálido perfume. La vieja no podía gozar de aquella voluptuosidad de la tierra; para sus ojos, verano e

inviero presentaban el mismo panorama: niebla.

La niña dejó un momento el brazo de la abuelita para internarse por un senderillo al final del cual había unos rosales de muy encendidos pétalos.

Preocupada con coger aquellas rosas que herían sus manos entre las espinas, no oía las voces suplicantes de la abuela, que la llamaba con temor.

—¡Niña, Rosalinda! ¿Dónde estás?

De pronto, la vieja resbaló y vino a caer al terraplén del camino. Sus gemidos distrajeron a la niña de su oficio de jardinería. Volvió junto a su abuelita y, al verla en el suelo, empezó a llorar con voz lastimera.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! ¡Levántate!

El buen Tirado, que seguía deambulando por aquellos lugares, escuchó unas voces suplicantes y, orientándose inmediatamente, corrió hacia el lugar donde estaban la abuela y la niña.

—¡Pobre señora! ¿Qué le ha ocurrido?

La vieja se había desvanecido y Rosalinda, con voz emocionada y llorosa, le explicó el accidente.

—Es preciso que descansen en algún sitio... Allá cerca veo un mesón. Vamos allá—indicó el vagabundo.

La levantó cuidadosamente y la llevó en brazos hacia aquella casa.

La mesonera les hizo subir a una habitación y les proporcionó caldo y otros alimentos.

Tirado atendió con solicitud a la anciana, hasta conseguir que ésta volviera en sí.

—¿Se encuentra usted ya mejor? ¿Sí? No ha sido nada, nada...

La ciega suspiró:

—Sí, ya estoy bien. Podremos continuar nuestro camino.

—¿Iban muy lejos?

—A cualquier parte.

—¿Cómo?

—No tenemos rumbo fijo.

—Ni yo. Lo mejor será descansar en este mesón unas horas. La mesonera le ha cedido este cuarto. ¿Le gusta?



—La mesonera le ha cedido este cuarto.

—No lo veo.

—Encenderemos luz.

—Sería inútil.

—¿Acaso...?

—Sí. Soy ciega.

Se enterneció el vagabundo y adivinó entonces

una tragedia, un drama más en un mundo de crueldad y de injusticia.

—Quédese todavía aquí, se lo suplico. Le conviene descansar.

—¿Para qué? Mi destino es dormir a campo raso. Soy pobre, carezco de todo recurso y no podría pagar esta habitación.

Tirado se estremeció y sintió una rabia sorda contra sí mismo. ¡Ah, si él tuviera dinero! ¡Cómo abonaría inmediatamente la pensión a aquella pobre mujer y a su nieta!

Vaciló unos momentos; sentía la vergüenza de confesar que era tan pobre como ellas. La voz de la anciana lo sacó de su ensimismamiento.

—De todas maneras, muchas gracias por lo que hizo usted por nosotras acompañándonos a esta casa. Dios se lo pagará.

Tirado tomó una decisión, sin medir sus consecuencias.

—Ustedes se quedarán aquí. Yo pago su sustento. Ya decidiremos más tarde lo que se debe hacer.

—No podemos consentir, señor...

—¡Calle, por Dios! Tengo ansias de hacer el bien, y son ustedes las primeras personas a las que me es dable el hacerlo.

—Pero...?

—Ouéndense aquí. Yo no quiero abandonarlas. Me preocuparé de ayudarlas en lo que pueda...

—¡Qué bueno es usted! Desde que todo lo perdimos, no habíamos encontrado más que puertas cerradas, que desprecios e injurias. ¡Usted es diferente de todos!

—Es tan bonito poder servir para algo! Yo también soy un desgraciado, pero tendré dinero para que ustedes no pasen más privaciones.

—¿Por qué se preocupa por nosotras?

—Me han sido ustedes simpáticas, usted y la niña. Usted se parece a mi madre. Venerable como ella.

La vieja acarició a su desinteresado protector y éste, ocultando la emoción que le embargaba, salió del cuarto y después de tomar un café con leche en la misma fonda y de asegurar a la posadera que horas después pasaría a liquidar la cuenta, marchó a la calle con un anhelo de vida y de luz.

Su alma, solitaria hasta aquel momento, molida a golpes por la fuerza ciega del destino, necesitaba la compañía, la unión con otras almas que se tomasen interés por él.

Su vida, hasta entonces carente de ideales, tenía ya una finalidad: la de proporcionar alimento a aquella pobre ciega y a la niñita que apenas comenzaba la vida y ya debía saber lo que era sufrir hambre.

Y con un valor que renacía en él después de un tiempo de haberse eclipsado de su alma, rodó a la ventura a la conquista del pan.

* * *

En el circo, el director, señor Fernández, y el administrador, se mostraban hondamente preocupados.

—Hizo usted mal en despedir a Hércules... ¿Quién va a sustituirle en la jaula de los leones? —decía el último.

—Será difícil. Mejor es no hacer el número.

—Sabe a lo que nos exponemos? A un escándalo formidable. Hemos anunciado por todas partes al domador y, además, éste es el nú-

—Pues, no sé.

Irrumpieron súbitamente unos empleados, llevando del brazo al pobre Tirado, que se disculpaba humildemente, dando muestras de nerviosidad.

—Le hemos encontrado en el momento en que pretendía entrar en una de nuestras tiendas, seguramente para robar—explicaron.

—No, señores, no. Créanme ustedes. Jamás fui ladrón—murmuraba.

—Pues, entonces, ¿qué buscaba en la tienda?

—¡Si ustedes supieran lo que es tener hambre! Lo único que deseaba era que alguien me diese comida o trabajo.

—¿Para qué sirve usted?

—Para todo: inteligencia y brazos; todo.

El director le envolvió en una penetrante mirada y luego dijo algo en voz baja al administrador. Este pareció asentir y el director se dirigió a Tirado:

—Vamos a ver, amigo. Tal vez nos entenda mos. ¿Usted quiere ganarse quinientas pesetas?

—Quinientas pesetas? ¿Yo?

Y se dejó caer, y hubiera tocado el suelo de no ser recogido oportunamente por el señor Fernández.

—Pero, ¿qué le pasa a usted?

—Nada. La emoción de que haya en el mundo quien pueda poseer tal cantidad.

—Pues usted puede tenerla, si me obedece...

—¿Qué he de hacer? Diga. Lo que sea.

—Sencillamente. Necesitamos un domador. Ha de meterse usted en una jaula donde hay tres leones y mantenerlos a raya.

—¿En una jaula de leones? ¡No!

Sintió un escalofrío en todo su cuerpo.

—Pues entonces, no he dicho nada. Puede usted retirarse.

—Espere, espere. Yo...

Ante sus ojos pasaba la imagen de la anciana ciega y después de la niña ingenua. Los dos pobres seres, tan desdichados como él, habían fiado en su protección. Estaban en una casa bajo la palabra de honor de Tirado. No era posible abandonarlos. Pensó en el dolor de verlos marchar, de que tuvieran de nuevo que seguir por los caminos errantes. Su alma experimentó la necesidad del agradecimiento, el deseo de crear afectos, para que se los diesen a la vez. Y, dominando rápidamente sus nervios, dispuesto a todo para conseguir que aquellos dos seres desvalidos no tuvieran que dormir de nuevo a la serena, hizo el corazón fuerte y contestó:

—Acepto!

—Tendrá usted que obligar a los leones a subirse a unos banquillos, ¿entiende?

—Por quinientas pesetas, soy capaz hasta de comérmelos.

—Perfectamente. Aquí tiene usted cien pesetas a cuenta. El resto después.

—Gracias.

—Y ahora tenga la bondad de firmar este pequeño contrato.

—Lo que usted guste.

Extendió el director un breve documento y se lo dió a firmar. Aturrido, Tirado leyó la cláusula en que constaba que se metía dentro de la jaula por su propia voluntad y que la empresa se libraba de toda responsabilidad por lo que pudiera ocurrir.

Firmó sin protestar.

—A las ocho en punto estará usted aquí de

nuevo. No tarde. La función comienza a las nueve—le dijo el director.

—No faltaré.

—¿Palabra de rey?

—De rey, no. Por culpa de los reyes me veo en esta situación tan mala.

—¿Qué tienen que ver con usted esos señores?

—Sí, los reyes de la baraja. En fin, hasta la noche.

Y admirando a todos por su reacción y su buen humor, abandonó el circo, dirigiéndose de nuevo hacia la posada, donde estaban abuela y nieta.

* * *

Iba aún medio aturdido, como bajo uno de esos golpes que enervan de momento y que hasta mucho más tarde no dejan comprender su importancia. ¿Cómo iba a entrar él en una jaula de leones? ¿Tendría suficiente valor para enfrentarse ante esas fieras, avezadas al látigo y al poder hipnótico de un verdadero domador? Pero, no quería saberlo, no quería pensar hasta el momento en que se encontrase allí, en lo que tendría que hacer.

Ahora, lo importante era que tenía dinero en el bolsillo y que podría dar a aquella familia humilde y desgraciada un poco de hogar y de alegría.

Lo recibieron cariñosamente y, llevados de la necesidad que experimentan los desgraciados de contar su dolor, la abuela explicó la historia de su vida.

Oyéndola, Tirado se enterneció.

—Yo le prometo ayudarla en lo que pueda, señora. Trabajaré para todos. Tome usted, entre tanto, estos billetes.

La cieguecita protestó, buscando en el aire las manos trémulas del protector.

—No debemos aceptar esto. Guarde su dinero. Le hará falta para su familia, para los suyos. Usted mismo confesó que era pobre.

—Y lo soy, pero no tanto que no pueda permitirme el lujo de hacer el bien. Lo soy, señora. Pero no tengo familia y si usted quisiera, mi familia serían usted y la niña. Estoy huérfano de cariño. ¡Es tan bonito encontrar a alguien a quien poder contar nuestras penas sin temor de cansarle!

—A mí me pasa lo mismo. Quédese entonces. ¡Usted no sabe cuánto le agradecemos su bondad! Mi nieta me hablaba hace un momento de usted. Me decía lo bueno que usted parecía. ¡Si yo pudiera verle!

—No vale la pena, señora. Soy joven aún y parezco viejo. Pero ganaré dinero para ustedes y para mí. El haberles encontrado me ha dado una fuerza que yo ignoraba. Trabajaré, lucharé. Esta noche voy a ganar mucho dinero y mañana podremos tener un pequeño pisito.

—¿Tiene negocios, Tirado?

—Un negocio un poco expuesto. Pero algo me dice que triunfaré. Recen ustedes por mí, ¿quieren?

—Hasta que usted vuelva rezaremos. ¡Ojalá Dios le acompañe!

Aun permaneció con ellas un rato, y luego, como se acercase el momento de volver al circo, Tirado se despidió rápidamente, para ir a cumplir aquel grave deber que se había impuesto.

A medida que se iba acercando al circo, sus

fuerzas se debilitaban. Entró nerviosamente a la tienda del director, donde le dieron un uniforme que vistió con gran melancolía.

Se hallaba contemplando en el espejo su rostro, cuando escuchó el impresionante rugido de los leones. Un estremecimiento doloroso pasó por todo su cuerpo. El miedo, superior a su voluntad, le atenazó con sus garras implacables, y empezó a temblar con tal fuerza, que no podía sostenerse en pie.



—Hasta que usted vuelva rezaremos.

En aquel instante apareció el director.

—¿Está ya preparado?

—¿Yo?

—Naturalmente. Le toca a usted ahora mismo. Es su número.

—¡No puedo! ¡No puedo!

—¡Ah, cobarde! ¡Ya no puede usted volverse atrás! ¡Es preciso entrar en la jaula! ¿No oye lo que dicen?

Escucharon la voz de un empleado del circo, que hacía la presentación del domador Tirado.

—No tiene aspecto de gladiador—decía—, pero dentro de su cuerpo menudo vibra un corazón henchido de valentía y heroísmo.

—¡Ese hombre está loco!—protestó Tirado—. ¡Yo no quiero salir, no puedo!

—Irá usted, aunque tenga que arrastrarle.

Y, cogiéndole brutalmente por un brazo, le obligó a salir a la pista.

Una ovación estruendosa acogió su aparición, y el pobre Tirado, pálido como la cera, vió cerca de él una jaula enorme, dentro de la cual saltaban, ágiles y fuertes, tres soberbios ejemplares de león.

Alguien puso una fusta en su mano y le abrió suavemente la puerta para que entrara en la jaula. Tirado creyó morir. Pero en aquel instante recordó a la anciana y a la nena, que lo aguardaban todo de él, y rápidamente, con desprecio de la vida, con un ardiente deseo de triunfar o perecer, de poder ayudar a aquellas desvalidas o acabar para siempre, penetró en la jaula de los leones.

Fué tal vez la influencia del recuerdo de aquellas mujeres, fué tal vez la reacción de su voluntad ante el peligro. Lo cierto es que con su fusta consiguió amansar a las tres fieras y aun pegándoles golpecitos en las garras, las obligó a encaramarse a los banquillos preparados expresamente entre las rejas.

Una ovación cerrada sucedió a tales demostraciones.

traciones de valor, y cuando Tirado, después de haber dominado el ímpetu de las fieras, salió de la jaula, iba como inconsciente y como alejado de su verdadera personalidad.

El director corrió hacia él y le abrazó estrechamente. La tensión de su voluntad parecía ir a romperse y el pobre domador se dejó caer medio muerto en los brazos del señor Fernández. Este le llevó a su tienda, le dió una copita de licor para que reaccionara y puso en sus manos un fajo de billetes de Banco.

—Aquí tiene usted lo prometido... y algo más.

—¡Gracias, gracias!

—Y ahora, si usted quiere, vamos a formalizar un nuevo contrato. Le admito en mi circo por temporada indefinida, ganando quinientas pesetas semanales. ¿Quiere?

El dinero, que era la llave mágica que haría la felicidad de él y de los suyos, aplacó su nerviosidad.

Lo guardó en sus bolsillos y agradeciendo al director su proceder, se despojó en seguida de su uniforme, para ir a ver a la abuela y a la nieta y decirles que ya nada debían temer, que definitivamente era suyo el porvenir.

* * *

Habían pasado doce años. Hasta al peligro se acostumbra uno cuando se sucede cotidianamente.

Tirado continuaba ejerciendo de domador de leones. Había perfeccionado su trabajo, realizando maravillas de riesgo y de valor. Se había

habitado a la muerte y la desafiaba con verdadera serenidad.

La luz que le hacía proseguir su camino sin temores era aquella familia que él había amparado y que era ya como su familia propia. Se querían todos con una extraordinaria ternura, en la que se mezclaban el cariño y la gratitud.

Rosalinda se había convertido en una preciosa mujer, una estampa perfecta de belleza y de juventud.

Tirado había cumplido cuarenta y siete años y en su alma, huérfana hasta entonces del verdadero amor de hombre a mujer, había surgido una pasión intensa, avasalladora, por Rosalinda.

Procuraba ocultarla en el fondo de su corazón, con un temor de ser rechazado. Pensaba en la diferencia de edad. Ella no había cumplido aún veinte años. ¿Podría soñar alguna vez en que Rosalinda le mirara con ojos de algo más que de hermana?

Así transcurría el tiempo, sin que él se atreviese a exponer claramente la clase de amor que le inclinaba hacia la doncella.

Tirado vivía en casa aparte, pero pasaba con abuela y nieta largas horas del día. Estas no olvidarían jamás el reconocimiento que debían al que las sacó de la miseria y las mantenía con esplendidez.

Cierto día, Rosalinda leía en un periódico un sueldo acerca del beneficio del domador Tirado, que se había celebrado en el circo.

—Es admirable tu trabajo, Tirado, pero creo que debías retirarte ya de él—aconsejaba al domador.

—Hay que ganar aún mucho dinero, Rosalinda.

—¿No has ganado ya bastante? Ahorraste mucho. Con él vives y nos mantienes. ¡Ah, cuántos deseos tengo de pagarte lo que has hecho por mí y por mi abuelita!

—Te prohíbo que vuelvas a decir eso, chiquilla. Somos de la misma familia y lo considero como una obligación.

—¡Qué bueno eres!

—Me acuso de serlo poco. Merecéis más.

Y puso en su hermosa frente un beso, que Rosalinda interpretó como de fraternidad, cuando en realidad era un símbolo de amor bien distinto.

Por aquel entonces enfermó la abuelita, con alarmantes ataques al corazón.

Miguel, un médico joven, fué quien cuidó de ella y poco a poco pareció devolverle la salud, aunque sin asegurar una curación definitiva, pues la anciana estaba muy desgastada a causa de los sufrimientos de un vivir intenso y desgraciado.

Frecuentaba el doctor la casa de la enferma, y de aquellas visitas surgió un idilio que entrecruzó los corazones de Rosalinda y de Miguel. Casi insensiblemente, atraídos por su juventud, por su unidad de almas, fueron enamorándose uno del otro, hasta que Miguel le declaró un día, mientras ella tocaba en el piano una romanza sentimental, la pasión que hacía largo tiempo le atormentaba.

Rosalinda correspondió a aquel amor y propuso comunicárselo a la abuela tan pronto como llegase ocasión.

Días después era el santo de la abuelita, y el médico, que, con el pretexto de atender aún a

la convaleciente, seguía visitando la casa, estuvo una vez más en aquel hogar.

Volvió a decir a Rosalinda que la amaba con toda su alma, y aquella declaración amorosa fué oída por la abuela, que estaba reclinada en un sillón. Llamó a la nieta y al doctor y, sonriente, les abrazó conmovida, asegurando que no se oponía a aquel enlace.



Días después era el santo de la abuelita...

—Yo presiento que me voy a morir pronto, y me gustará ver que estás casada.

—¿Quién habla de morir, abuela? Tú vivirás muchos años, muchos.

—No. ¡Soy ya tan vieja! ¡Estoy tan cansada! Tendrás ahora doble protección: tu marido y

Tirado, que ha sido también para ti como un padre, como un hermano mayor.

—No le digas aún nada. Seré yo misma quien le daré la sorpresa. ¡Cuánto se va a alegrar!

Poco después apareció Tirado, quien felicitó a la anciana por sus días.

Rosalinda, sonriente, tocó una pieza en el piano, y Tirado, que de sus días de vagabundo conservaba una afición al canto, entonó unas canciones de añoranza que fueron muy celebradas por todos.

Mientras cantaba, sintió la abuela un penetrante dolor en el corazón, como un estilete que se le fuera clavando en su mitad.

Su organismo arruinado, la emoción al saber que su nieta se casaba, rendían su vida y hacían que se fuese extinguendo la lumbre de su espíritu.

Quiso gritar, pero la voz quebróse en su garganta. Y sin que nadie lo advirtiese escuchando el canto de Tirado, la anciana realizó el tránsito.

Rosalinda, al acabar, se volvió hacia la abuela y la vió con la cabeza caída sobre el pecho.

—La abuelita se ha dormido, Miguel.

—¡Pobre!

Pero súbitamente el médico se alarmó ante su palidez y le tomó el pulso.

Levantó la cabeza con una gran melancolía.

—Rosalinda, valor. Tu abuelita...

—¿Qué, Dios mío? ¿Muerta?

—Desgraciadamente.

—¡Abuela! ¡Abuela!

Se abrazó a ella llorando, mientras Tirado, mudo por la impresión, se apresuraba a besar las manos de la anciana, manos que tantas ve-

ces le habían acariciado con ternuras maternales.

* * *

Días después de la muerte de la anciana, Tirado fué una tarde a visitar a Rosalinda, con el propósito decidido de decirle lo que le atormentaba el pensamiento.

No quería guardar por más tiempo el secreto, ahora que Rosalinda estaba sola y necesitaba, de un amor constante.

Con la facilidad con que los enamorados tejen sus ensueños, Tirado se había hecho en aquellos últimos días grandes ilusiones. Ignorando por completo la realidad, creía que Rosalinda, que mostraba por él exquisitas atenciones, correspondería a su cariño. Había olvidado los recelos de antes, para creer en la efectividad de su amor.

Rosalinda le recibió con aquella ternura fraternal, de idéntica efusión generosa.

Ni por asomo podía suponer que Tirado la amase de otra manera. Y el buen hombre, emocionado por lo que pensaba decir, comenzó a hablar:

—Debes encontrarte muy sola, ¿verdad, Rosalinda? ¡La vida sin compañía es tan triste!

—No puedes figurártelo. Pero yo sé que eso no continuará y procuraré que no siga.

Y miraba a Tirado sonriente, con interesante malicia, y el domador, interpretando mal aquella dulzura, le preguntó, mientras acariciaba una de sus manos:

—Rosalinda, ¿mequieres?

—¿Y me preguntas eso? Sería una ingrata si no te quisiera, después de lo que has hecho por mí y por mi abuelita. Te querré siempre, con toda mi alma. Muerta mi abuela, tú eres ahora mi único superior. Necesito decirte una cosa, una cosa muy íntima.

—Qué, Rosalinda?

—Que estoy enamorada.

El corazón del pobre ingenuo palpitó con una dulce esperanza.

—Enamorada, tú?

—Sí, de un hombre muy bueno, muy noble, y que me quiere mucho.

Y seguía contemplando a Tirado, y éste, loco de felicidad, no encontraba palabras para hablar. Era él, estaba seguro que aquel hombre era él. Rosalinda le quería, la misma Rosalinda le proponía aquella felicidad.

—Mi abuela ya estaba enterada de ese secreto, pero ahora es necesario que lo sepas tú— continuó ella.

—Dilo, Rosalinda, dilo. Si tú supieras con qué afán lo espero.

Llamaron en aquel instante a la puerta del piso y la joven, sonriente, fué a ver quién entraba, regresando a los pocos momentos.

—Es él, él! Quiero que él mismo te lo explique.

—¿El? ¿Qué quieres decir? No comprendo.

—Es Miguel, el hombre que amo, el que, si tú nos das permiso, va a casarse conmigo. Lo quieres, ¿eh?

—¿Yo? Sí... Claro... Sí...

Pero parecía como muerto, sin ánimo de moverse del sillón. Aun creía estar soñando. De un solo golpe, todas sus ilusiones quedaban aplas-

tadas bajo la dura realidad. ¡Qué desengaño! ¡Qué tremendo fracaso! ¿Cómo pudo suponer nunca que Rosalinda le quisiera con amor de novia? ¡Ella, tan joven, con un viejo! Era juntar dos cosas incompatibles.

—Ahí está Miguel. Creo que quiere hablarte. ¿Le atenderás?

—Oh, claro que sí!

—Pero, ¿qué tienes? ¿No te encuentras bien? Estás pálido.

—No es nada. Un poco de mareo. Deja.

Rosalinda, sin otra preocupación que la de su amor, salió en busca de Miguel, y poco después éste entraba en la sala y saludaba afectuosamente a Tirado.

—Usted es como el hermano mayor de Rosalinda—le dijo el médico con afecto—. Por eso me dirijo a usted para hacerle una súplica.

Se revolvió el domador en su asiento.

—Le escucho.

—Sencillamente, Rosalinda y yo nos amamos y queríamos el consentimiento de usted.

Una mueca de amargura se retrató en las facciones de Tirado. Pero quiso evitar que nadie pudiéra conocer la verdad.

—Rosalinda es libre para elegir. Yo, por mi parte, no he de poner ningún inconveniente, y menos tratándose de usted.

—Entonces, nada más sino expresarle mi gratitud.

Estrechó afectuosamente su diestra. Llegó Rosalinda y le agradeció también su nobleza.

—En nosotros tendrás siempre unos hermanos, Tirado. Nunca te dejaremos—le aseguró.

—Hermanos. Eso es: hermanos.

Y apretaba los labios por no llorar.

* * *

Desde que Rosalinda y Miguel se casaron, Tiago parecía otro hombre. Toda aquella ansia de vida, toda aquella alegría de una existencia que había recobrado su firmeza, desaparecieron,



—En nosotros tendrás siempre unos hermanos.

para dar lugar a un invencible desdén y melancolía por todo.

Había desaparecido el ideal y volvía a ser espiritualmente el mismo vagabundo de años anteriores. Había muerto la anciana, y Rosalinda se alejaba inconscientemente cada vez más de él, influenciada por la gloria del amor.

Sin ánimo para nada, volvía a encontrarse solo y triste. Adivinaba un porvenir doloroso, martirizado por el recuerdo del amor imposible y callado en su urna de cristal.

¡Qué loco había sido al poder suponer por un momento que Rosalinda le quería! No. Había dejado pasar la juventud sin cariño de mujer y ahora que él era viejo, era imposible que ninguna alma juvenil sintiese la divina sed por él...

La ruta de su existencia debía ser ya solitaria como antaño. Quería ver a Rosalinda y deseaba no verla al propio tiempo. Deseaba gozar de la dicha de contemplarla aún, y le martirizaba el espectáculo de aquel amor, alegre como las mañanas de primavera.

No sabía olvidarla; no podía olvidarla. Tenía su retrato en su alcoba y en su camarín. Muchas veces lo mojaba con su llanto.

Su trabajo como domador se resentía de aquella depresión espiritual. Ya no luchaba valientemente como antes en la jaula de los leones. Ya no era el domador que tenía una sonrisa orgullosa al abatir la fuerza de las bestias.

Sin ánimo, se metía en la jaula y apenas realizaba ningún ejercicio apreciable, saliendo de ella rápidamente, impulsado por un miedo extraño. Y el público que había conocido al domador optimista de antaño, protestaba con energía ante aquella actitud.

Y así un día y otro, y cada vez el trabajo más desmayado y lento. El público ya no acudía para disfrutar de su antigua emoción.

El director del circo se mostraba furioso ante aquel extraño proceder.

—Es preciso que vuelva usted a ser el de an-

tes, Tirado. De lo contrario, sintiéndolo mucho, me veré obligado a prescindir de sus servicios.

—Creo que trabajo igual.

—¡Ni mucho menos! Le falta valor, emoción. Es como si tuviera temor. Su proceder es inconcebible.

—Es verdad. Estoy enfermo, me siento mal, con un desequilibrio interior. Pero esta noche volveré a ser el de antes. ¡Se lo aseguro!

—Confío en su palabra. Su trabajo ha de estar lleno de emoción.

Y el pobre Tirado, cada vez más afligido, más vacío espiritualmente, sin el amor de la única mujer que amaba, se dispuso aquella noche a realizar como antes aquellos gestos de valor, de heroísmo, que le dieron tan famoso lugar.

El director hizo poner unos carteles anuncian-
do que Tirado realizaría nuevos y arriesgados ejercicios en la jaula. Se congregó numeroso público y en un palco se hallaban Rosalinda y su marido.

El pobre domador entró en la jaula y, sin ilusión, con una tristeza inmensa, obligó a las bestias a ocupar su lugar en los banquillos. Por unos instantes volvió a renacer en él con un supremo esfuerzo de su voluntad, el hombre de antes.

De pronto se volvió, para corresponder a los aplausos, y vió entonces a Rosalinda y a Miguel. Sintió una nueva y extraordinaria depresión. Pareció que sus ojos se cegaban, como si les quemaran las llamas del dolor. Allí estaba aquella mujer que nunca sería suya. Y abatido, con un ansia de acabar, de perecer, continuó haciendo dar vueltas a los leones. Pero de nuevo el ánimo le abandonaba, la fusta temblaba en sus ma-

nos, y de pronto, en un momento de distracción en que no supo defender bastante su cuerpo, una de las fieras se arrojó contra él y le clavó un zarpazo en el pecho.

Sonó en todo el salón un inmenso alarido. Miles de voces estremecieron el ambiente. Rosalinda, horrorizada, se tapó el rostro.

Varios empleados entraron, revólver en mano,



—¡Hermano mío!

en la jaula, y a tiros apartaron al león que había realizado una obra tan funesta y trágica.

El cuerpo del pobre domador aparecía ensangrentado. Inmediatamente, entre la impresión unánime, fué conducido a la enfermería. El director y otros empleados le rodeaban con es-
panto.

Tirado tenía cerrados los ojos; su respiración era agitada, agonizante. Llegaron allí Rosalinda y Miguel. La primera llorando quedamente. El médico examinó al pobre herido y movió la cabeza con desolación.

—No hay nada que hacer. ¡La herida es mortal!—murmuró.

—¡Hermano mío!—suspiraba Rosalinda.

El herido levantó suavemente la cabeza y sus ojos, ya sin luz, se fijaron en la amada.

—¡Rosalinda!

Luego miró al director y sollozó:

—Quería usted emociones... Ya los tiene... Se las di... Me muero... Rosalinda... adiós...

Sus manos acariciaron las de la adorada y a poco murió, teniendo clavadas las pupilas en la criatura femenina que no había podido darle la felicidad y que siempre ignoraría su secreto.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaba de aparecer en las selectas **Ediciones Especiales**, la interesantísima novela

AL. CAPONE

(Pánico en Chicago)

Esta semana: **¡ACONTECIMIENTO!**

Mi último amor

por

José Mojica y Ana María Custodio

Bellísimas canciones

Precio popular: 1 peseta

Ningún muchacho dejará de colecciónar la solicitadísima publicación

AVENTURAS FILM

Inmejorable presentación

Precio: 15 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

Sangre india, El capitán sin miedo, El perro detective, El gato salvaje, Ajustando cuentas, Los jinetes del correo, Camino de Arizona, El río del olvido.

Gran éxito de la publicación

IDOLOS POPULARES

con la biografía y hazañas de **George O'Brien**

Precio: 15 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas.—2. Madre pecadora.—3. Estrella simbólica.—4. La losa del pasado.—5. La Mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso.—7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer.—9. Tras la cortina.—10. Los misterios de Londres (La divina pecadora).—11. En la vieja Arizona.—12. Honrarás a tu madre.—13. Nobleza baturra.—14. Su majestad El Amor.—15. Amor siniestro.—16. Eugenia Grandet.
17. Ana contra el mundo.—18. La hermana blanca.—19. De mujer a mujer.—20. Mujeres frívolas.—21. No me olvides.
22. El caballero del amor.—23. Estrellas fugaces.—24. Tobillos de oro.—25. En nombre de la amistad.—26. El prisionero de Zenda.—27. Sendas traicioneras.—28. El príncipe Stravos.—29. Fútbol, amor y toros.—30. Hombres peligrosos.—31. Sed de cariño.—32. Luna de miel.—33. Shari (la hechicera oriental).—34. El príncipe de los diamantes.
35. Una mujer en Wall Street.—36. Las tres hermanas.
37. Cara o cruz.—38. La calle del azar.—39. La batalla de París.—40. Malas compañías.—41. El conquistador.—42. La caza del millón.—43. El enemigo silencioso.—44. El príncipe X.—45. Canción gitana.—46. ¿Quién disparó?—47. El capitán Tormenta.—48. Arco Iris.—49. Estrellas del "Edén".
50. Siete días con licencia.—51. ¡Qué hombre tan guapo!
52. Bataclán.—53. La santa amistad.—54. Dramas del circo.
55. El reporter del diablo.—56. Vértigo del tango.—57. La noche es nuestra.—58. El premio de belleza.—59. ¡Siempre alerta!—60. El misterio de Villa Elena.—61. El testamento Nodelkof.—62. Oro y Sangre.—63. Ingenuidad peligrosa.
- 64.—La locura del oro.—65. Hermanas frívolas.—66. Estrellas de Occidente.—67. ¡Desamparado!—68. Un plato a la americana.—69. La casa de la flecha.—70. El defensor.
71. Jóvenes pecadores.—72. Esposas de médicos.—73. Su hombre.—74. ¡Vaya mujeres!—75. Tolo por el aire.
76. Flor de pasión.—77. Por un par de piernas.—78. Pobre tenorio.—79. Música de besos.—80. El otro yo.—81. El camello negro.—82. A toda marcha.—83. Me voy a París.
84. Gordas y flacas.—85. Estaré sola a media noche.—86. El hijo pródigo.—87. La aventurera.—88. Tres muchachas francesas.—89. El temerario.—90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura.—92. Rascacielos.—93. Un provincial en París.—94. Diosas de Montmartre.—95. La huérfanita.—96. El centauro.—97. Cuatro estudiantes.—98. Luz de Montana.
99. La riada.—100. El puñal malayo.—101. El trío fantástico.—102. El salto decisivo.—103. Su gran noche.—104. Embajador sin cartera.—105. Hazte rico pronto.—106. Aristócratas del crimen.—107. El hijo adoptivo.—108. Más allá de la victoria.—109. Hermanas de la farándula.—110. La flota suicida.—111. David, el apocado.—112. Cariño materno.—113. La alegría del rancho.—114. Traición.—115. El muchacho de Oklahoma.—116. La cautivadora.—117. Carné de mar.—118. Compañeros.—119. El testigo sorprendente.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
